Meditación ante el Santísimo Cristo de la Caridad

Francisco Javier Márquez Guil

Parroquia de San Andrés

Sevilla, 16 de marzo de 2013 (año de la Fe)



Vida después de la muerte

¿Te has fijado Señor?

Después de tantos años juntos, ésta es la segunda vez que nos encontramos en distancias tan cortas. Sí es verdad que hemos hablado muchas veces en tu capilla, pero hoy como aquel día, lo hacemos a sólo centímetros el uno del otro.

La primera ocasión fue durante una mañana de un invierno que agonizaba. Tú estabas en la capilla de la Espina en San Martín, ésa que todos bautizamos después como la capilla de Santa Marta. Los priostes te habían depositado en el suelo con el mimo de un objeto valioso y frágil, y con el respeto hacia el Ser querido, desvencijado y roto que acaba de morir. Me pidieron que estuviera contigo antes de subir tu imagen, de elevar tu cuerpo majestuoso a lo más alto del altar de Quinario.

Yo, Tú lo recordarás bien, empezaba a conocer este mundo de las cofradías a través de la Juventud de Santa Marta, bendita juventud y savia renovada de nuestra hermandad año tras año, y lo consideré una tremenda responsabilidad. Era sólo mirarte, acompañarte. No me pidieron otra cosa. Nada más. Pero me sentí en ese momento un auténtico privilegiado por poder estar contigo a solas y además tan cerca, como hoy. Empecé a sentir, entonces, tu último aliento mudo de vida y en ese instante logré entender que hay vida después de la muerte.

Señor, Tú pusiste ante mis ojos la realidad palmaria de la Resurrección. Tu voz agonizante se escapó del ciprés humanizado de tus entrañas para pedirme que me quedara a tu lado y tu mirada invisible, por un momento, se clavó en mí.

Mi corazón impulsivo y joven me llamaba a que depositara mis manos sobre tu cuerpo, como María Magdalena intenta recoger tu mano

finada y mortecina cada Lunes Santo, pero me retraía atosigado por la rotundidad de tu muerte llena de vida. Despacio, coloqué mis manos sobre tu abdomen aún agarrotado por el sufrimiento y el dolor. Noté cómo la punta de mis dedos resbalaba sobre la piel de Dios. No sabía muy bien si nervioso o impresionado, sentía en las yemas el ungüento, el linimento de perfumes y flores frescas con el que te había amortajado tu Madre, Marta y el resto de Santas Mujeres.

Fue ese día Señor, y no otro, en el que como Paulo de Tarso, caí del caballo de la superficialidad para ir adentrándome en la profundidad de la verdad, de Tu Verdad. Hoy, muchos años después, vengo a decirte todo lo que aquel día dejé en el tintero del desconocimiento, la candidez y la ingenuidad porque, Señor, contemplando la vida que desprende tu muerte sé que nos queda mucho por compartir.

Nuestro encuentro

Son muchos años de vivencias en común. Muchos de amistad sincera entre nosotros. Yo siempre he sabido que te tengo aquí para lo que necesite, también sé que te he fallado en diferentes ocasiones y sé que me perdonas. Desde el día en que fui a verte por primera vez, aún siendo niño, comprendí que me llamabas y sabía que en la Hermandad de Santa Marta teníamos nuestro punto de encuentro. Ahora, más de 25 años después, estoy convencido de ello. La interminable protestación de FE (con mayúsculas) de la Función Principal de Instituto y el recogimiento y el fervor del rezo del Vía Crucis hace escasamente un mes, avalan la autenticidad de todo lo que organiza Santa Marta. Pero sobre todo, Señor, el amor que he recibido de mis hermanos en estos meses me ratifican en el convencimiento de que, como en la parábola del sembrador, “la semilla cayó en tierra buena” (Marcos 4,3). Han sido multitud de muestras de cariño de muchos

hermanos que con sólo palabras me han regalado tanto… cuando de mí han recibido tan poco.

Yo te conocía de venir todos los Lunes Santo a contemplar tu vuelta a casa, la entrada de tu paso en San Andrés. Era una cita que Tú y yo conocíamos, era como nuestro secreto, era el encuentro al que nunca debía fallar y que nos posibilitó fraguar un vínculo que Tú bien sabías cómo iba a desarrollarse, pero que yo, por aquel entonces, creía que quedaría en esa devoción muda, pero verdadera. Cada noche de Lunes Santo te esperaba en la plaza. Llegabas siempre con paso firme e invariable por la calle Daoiz, saliendo de una nube de incienso que embriagaba el ambiente. La espera siempre merecía la pena. Sólo unos minutos para certificar que los dos volvíamos a estar allí. Y un año más de convencimiento de absoluta devoción hacia Ti.

Después, cuando se cerraban las puertas del templo y los hermanos regresaban a sus casas, un amigo me contaba que los nazarenos de Santa Marta entraban en San Andrés y te esperaban sin levantarse el antifaz, con los cirios encendidos y con las filas perfectamente alineadas en el mismo lugar donde unas horas antes se habían formado. Del interior de San Andrés no salía sonido alguno. Los capirotes esbeltos y los puntos de luz que anunciaban tu llegada desaparecían en la oscuridad de la iglesia que, poco a poco, conforme te acercabas, se iluminaba. Necesité unos pocos años para convencerme de que yo tenía que acompañarte al Sepulcro.

Cuando en mi adolescencia me incorporé a la nómina de hermanos, me acerqué a Ti. Era el primer martes de Cuaresma. La Hermandad te llevaba en andas rodeando el viejo San Andrés, el templo donde nuestros mayores llegaron hace ahora 60 años imprimiendo un carácter que aún perdura y que tenemos la obligación de preservar. Ese día quería verte de cerca. También era de noche, como ahora. Tu cuerpo descansaba sobre una pequeña parihuela que con el tiempo supe que aquí familiarmente llamaban

cuna y que los hermanos portaban con suma delicadeza. Acababas de visitar el antiguo convento de las Siervas de María. Yo, atraído por la desgarradora imagen de tu cabeza reposando sobre el almohadón, te salí al paso. Sé que en ese momento notaste mi presencia. Pude portarte durante un pequeño tramo del recorrido. Fueron pocos metros. Dos, tres minutos, pero de una intensidad tal que aún me conmueve recordarlo. Durante ese instante dejé de verte, pero empecé a sentirte. Noté el leve roce de la sábana con la que luego te amortajarían. El tacto suave del lino me transportó por un instante a un sepulcro vacío donde te depositaron envuelto en ese sudario.

Los estudiosos de la Sábana Santa aseguran que en tu mortaja utilizaron flores para enmarcar tu rostro y que te enterraron junto a un epitafio que te identificara. Yo no necesitaba inscripción alguna. Ya te había reconocido. Tú, el Cristo de la Caridad habías entrado en mí. Yo ya me refería a Ti como mi Cristo. Y sabía que allá donde estuviera junto a tu imagen, percibiría el milagro de la vida.

Han sido muchas veces. Cuando, como Jesús Sacramentado nos acercamos a las casas de los mayores de la feligresía en la procesión de impedidos para que te recibieran. Cuando, en nombre de la juventud de Santa Marta, llevamos juguetes a los niños de la alameda. Cuando colaboramos con la congregación que cuida a los ancianos del Pozo Santo, o cuando a mis familiares enfermos les entregaba tu fotografía para que los acompañaras en momentos de debilidad.

Porque tu poder es tal que cuando maltrechos por los avatares de la vida, pensamos en Ti, levantamos la cabeza y te escuchamos. Porque el mal no puede tener nunca la última palabra y la historia del hombre tiene una meta que Tú nos has señalado y a la que llegamos por el amor.

“Tanto amó Dios al mundo que dio a su hijo unigénito para que todo el que ejerce su fe en Él no sea destruido, sino que tenga vida eterna” (Juan

3, 16). Creemos en ti Señor y Tú lo sabes, pero seriamente dudo que creamos en nosotros mismos y en nuestros hermanos. Algo Señor debemos estar haciendo mal.

Los más pequeños y los mayores

Fíjate. Hace sólo un rato, Señor, esta mañana los niños de la Hermandad estaban aquí contigo. Este silencio, que ahora nos abrasa el oído, lo sofocaron de un plumazo al entrar por el pasillo de la Sacristía. Sus voces blancas correteaban por las naves de San Andrés en la constatación del bendito futuro de Santa Marta. Otro año más, han sido los primeros en venir a verte de cerca, en sentir el contacto con la vida a través de tu presencia y en impregnar tu piel de pequeños besos rotundamente sinceros.

Ellos te han rodeado, te han observado sin guardar silencio del todo (no podían hacerlo, era superior a sus fuerzas), sin poder reprimir comentarios y sobre todo preguntas que se les agolpan en la cabeza. No entendiendo y buscando una explicación lógica. ¿Por qué tienes sangre? ¿Por qué estás sólo? ¿Por qué estás desnudo?

Ya sabes que nos afanamos en relatarles tu Pasión y para ello hacemos uso de las cofradías. ¿Sangras? Les contamos que por los golpes que te dieron se abrieron tus heridas. ¿Estás sólo? Sabes que mil veces les hemos dicho que no, que no estás sólo, que así son los cultos de nuestra Hermandad, que esto es el besapiés que precisamente sirve para acercar tu imagen a los hombres. ¿Y desnudo? Les transmitimos que la desnudez de tu cuerpo es sólo la constatación de que Jesucristo fue flagelado y crucificado sin más poder ni atributo que su condición divina. Queremos que Tú seas el reflejo de sus vidas y les razonamos el motivo por el que Tú, el Cristo de la Caridad padeciste tanto por nosotros. Sin embargo,

necesitamos tu ayuda para llegar más lejos, para resolver otras dudas para las que, Señor, no tenemos respuesta.

Porque nuestros hijos no entienden que les estemos acostumbrando al sonido del llamador de tu paso y al adagio de Albinoni como partitura inseparable de nuestra hermandad y que les estemos contando que la vainilla endulza el incienso, cuando ven en la televisión a otros pequeños como ellos, esos que viven en zonas en conflicto, en la franja de Gaza, muy cerca de los parajes que tú recorriste, o en Mali o en Siria que están familiarizándose con otros sonidos, de bombas y de destrucción, y con gritos desgarradores de familiares que pierden a sus seres queridos, y que conviven con olor a podredumbre y miseria las veinticuatro horas del día.

Porque a ellos les hemos enseñado que Tú visitaste la casa de Marta, María y Lázaro y que la iglesia es la casa de Dios, pero no entienden porque otros niños, los hay también que son de Sevilla, se quedan sin casa porque a sus padres los echan a la calle, porque no tienen dinero para pagar un alquiler y unos señores que mandan mucho han decidido que aunque haga frío, calor, aunque llueva tienen que dormir en la calle. Y es que, Señor, el 82% de los desahuciados tienen niños a su cargo y nosotros preferimos mirar para otro lado. ¿Cómo explicamos eso a nuestros hijos?

Porque nuestros hijos comen cada día, disponen de la ropa que necesitan y tienen juguetes para divertirse como niños que son, pero ellos no entienden que haya cuatrocientos millones de niños esclavos en el mundo, que 19 mil niños mueran al día por causas evitables por nuestra sociedad, que en el cuerno de África los pequeñines convivan con las moscas y se consuman convirtiéndose en esqueletos en vida y más cerca, aquí en Sevilla, que 6 mil niños no tengan nada, absolutamente nada, que comer.

Dijo Santa Teresa de Calcuta que “si no tenemos paz en el mundo es porque hemos olvidado que nos pertenecemos el uno al otro, que ese

hombre, esa mujer, esa criatura es mi hermano o mi hermana". De nada nos sirven nuestras miradas contemplativas a María Magdalena, cuando volvemos la cara ante la lacra de la prostitución y hacemos oídos sordos ante los gritos desesperados de mujeres que sufren el maltrato a diario. A nada nos lleva esa relación de amistad íntima con Santa Marta cuando nos repugna el indigente que no tiene un techo donde refugiarse o un mendrugo de pan que echarse a la boca.

Ayúdanos Señor a aplicar tus enseñanzas a la vida que nos ha tocado vivir, que no nos escondamos en nuestro interior, que no nos escudemos en la pertenencia a nuestra corporación para decir que como miembros de Santa Marta ejercemos una Caridad que se practica desde la hermandad y con la que nos damos por satisfechos, que no purifiquemos nuestra alma con una implicación mal entendida, que no hagamos el bien con las buenas obras que realizan otros. Guíanos a cada uno de los hermanos de Santa Marta, a todos los que estamos aquí, a ampliar nuestras miras más allá de nuestro círculo cercano y ver qué ocurre en el vacie, en el polígono sur, ver qué necesita el mundo de nosotros. De lo que nosotros hagamos, Señor, aprenderán nuestros hijos.

Nuestros niños Señor. Sí. Y nuestros mayores. Cuánto les debemos y qué poco los respetamos. Cuántos nos han dado la vida, la educación y hasta la devoción hacia Ti y no reciben nada de nosotros. Cuántos hemos llegado a Ti de la mano de nuestros padres y sin embargo, cuando llega el momento nos encogemos de hombros y entendemos que ese problema no va con nosotros. Son nuestro mejor ejemplo.

Te podría dar los nombres de los mayores de nuestra hermandad que te ofrecieron sus años de madurez en la vida y ahora te piden fortaleza en sus debilidades. Los admiro cada vez que los veo en el segundo o tercer banco del templo durante los cultos, en la comida de Hermandad, siempre dando ejemplo sin decir ni una palabra.

Pero hoy sí. Señor, de ellos, voy a recordar a Engelberto padre, que nos dejó hace muy poco. Él era de los que enseñaban a hacer hermandad. Nunca dio lecciones magistrales sobre cómo debe andar el paso, ni explicó a nadie el origen de tal o cual insignia, nunca nos ofreció cátedras sobre las filas de nazarenos o los tiempos de paso por carrera oficial. Sus enseñanzas fueron sonrisas, palabras de cariño y de amistad, ejemplo de marido, padre y abuelo fiel. Engelberto nos dejó claro lo que debe ser y cómo debe comportarse el hermano de Santa Marta.

También te podría dar los nombres de los mayores de la Alameda que cada Lunes Santo te traen un ramo de flores para agradecerte que unas pocas buenas personas sacan un ratito de sus vidas para simplemente acompañarlos. Pero Tú has querido que hoy te hable de mi abuela.

Tú quisiste que mis hermanos me encomendasen este honor de dialogar contigo el día que la enterramos a sus 93 años. Sólo horas antes de recibir la llamada de la Junta de Gobierno, nos habíamos quedado en familia en el cementerio. La llevábamos junto a mi abuelo, recreando una escena similar a la que cada Lunes Santo mostramos del traslado al sepulcro a toda la ciudad. Sin darme cuenta reviví por un instante la imagen de tu paso lejos de aquí. Yo iba al final de la comitiva y veía que caminábamos en silencio, en grupos de dos o tres pero sin articular palabras, espaciados varios pasos unos de otros, con la mirada hacia el suelo y sabiendo que en minutos ella estaría dentro de cada uno de nosotros y formaría parte permanente de nuestro recuerdo.

Rememoré por un instante la escena de nuestro paso. Lágrimas, silencio y acompañamiento, y reparé en la mirada de comprensión de San Juan a tu Madre de las Penas ante su falta de consuelo. Cuánto lloró María por Tí, pero cuánto ejemplo de entereza, de ternura, de afabilidad, de temple apacible, de suavidad en los modos, de llaneza para escucharnos, de

humildad para mantenerse en un segundo plano. Tú nos enseñaste a amar a la Virgen María, pero nosotros no sólo la amamos, la necesitamos.

Tras el sepelio de mi abuela, regresé a casa. Descansaba de un día duro y Señor, tuvo que ser ese día, cuando consumía sus últimas horas cuando apareciste Tú. Dijo Rabindranath Tagore, el filósofo y poeta indio que "cuando mi voz calle con la muerte, te seguirá hablando". Y eso ha pasado. Aún se me encoge el corazón cuando rememoro los acontecimientos que en un sólo día golpearon mi cabeza para traerme ante Ti. Entonces pensé que tenía que decirte una cosa Señor. Gracias. Gracias por darme esta oportunidad de hablar en la intimidad contigo y gracias, en especial, por haberme permitido disfrutar tantos años de mi abuela.

Enséñame a rezar

Señor, hoy me presento ante Ti para que me enseñes a rezar. Desde que entablamos nuestra primera conversación me di cuenta que no hace falta levantar la voz para hablarte porque Tú siempre nos escuchas. Los investigadores médicos y entendidos afirman con rotundidad que aún después de la muerte, el oído es el último sentido en perderse. Y yo sé que Tú, en tu tránsito hacia la eternidad escuchas cada día lo que los hermanos de Santa Marta venimos a decirte, aunque sea yo el que hoy te habla por boca de todos.

El silencio, como ves, se ha impregnado del templo. Han cerrado las puertas para que ni la brisa fresca de la tarde nos moleste. Los muros han enmudecido aunque mañana volverán a empaparse, como cada año, de los sentimientos de todos los que te contemplamos, de los que depositamos nuestros labios en la piel manchada de sangre en tus pies para reafirmarnos, de nuevo, en el convencimiento de que Tú, el que duerme en San Andrés ofreciendo sus pies a Nicodemo y refugiando su cabeza en el pecho de José

de Arimatea, Tú, el Cristo de Santa Marta nos escuchas después de la muerte y también nos hablas.

Nos hablaste a todos hace sólo cuatro días a través del nuevo Papa Francisco con un gesto suyo. Rezar el Padrenuestro en San Pedro cuando recibía la aclamación del mundo entero. Te pido que me enseñes a rezar como él, como nos transmitió en sus primeras palabras. “Recemos unos por otros. Obispo y pueblo. Juntos en hermandad, amor y confianza”. En el año de la Fe nos presentas al sucesor de Pedro más humilde, al que visita las cárceles y viaja en transporte público, a un hijo de San Ignacio de Loyola que ha criticado a los religiosos que olvidan que Jesús lavó a los leprosos y comió con prostitutas, que ha defendido una iglesia pobre para los pobres y que ha zarandeado la conciencia de gobernantes acusándolos de violar derechos humanos con estructuras económicas que cada vez generan más desigualdades. Nosotros, mientras, seguimos alardeando de ser tolerantes con los que están lejos, pero despreciamos al que convive con nosotros. Enséñanos cómo es la oración de Francisco, de este Papa que en la intimidad te reza en español. Haz que entendamos su mensaje y que desde ahora nuestro rezo sea algo más que palabras.

Yo pensaba que hoy te desvelaría mis debilidades y mis dolores, pero Señor, al ver tu imponente silueta maltrecha y herida, me he dado cuenta que no puedo. Mi sufrimiento no existe en comparación con lo que Tú pasaste por nosotros y por eso sólo puedo hacer mía la oración que te dedicó la poetisa chilena Gabriela Mistral:

En esta tarde, Cristo,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.

¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?
¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando Tú tienes rasgado el corazón?
Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.
Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta.

Hace meses pensaba que por un momento sería capaz de elevar mi voz hacia Ti y hasta susurrarte al oído algunos de los cantos que en ocasiones te dedicamos en la Hermandad. Dijo San Agustín “quien reza cantando, reza dos veces”. Qué más quisiera Señor. Viéndote tan cerca, abatido y roto por nosotros sólo me atrevo a decirte lo que tantas veces entonamos sin saber realmente qué te estamos pidiendo.

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.

¡Oh buen Jesús, óyeme!
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me aparte de Ti.
Del maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame,
Y mándame ir a Ti para que con tus santos te alabe.

Tu Madre y Marta

Señor creo que a todos nos llega el momento de llevar una cruz y a veces cuando salimos de una, nos cae otra e incluso tenemos que llevar varias cruces al mismo tiempo, pero hemos aprendido de Ti que hay que llevarlas con dignidad y humildad para que nos pese menos. Y para ello recurrimos a nuestra Madre de las Penas para que nos dé consuelo, aunque también estoy convencido de que debemos ser nosotros quienes, en muchos momentos, la consolemos a Ella. María aguanta la pena. A pesar de que siete lágrimas resbalan por su cara, su rostro mantiene la serenidad de la mujer inteligente que ha aprendido la lección "todo está consumado". Su efigie de diosa romana aglutina todo lo que ellas representaban. La sabiduría de Minerva, la acogida de Vesta, el amor y la belleza de Venus, la protección de Juno, la primavera de Flora, o la divinidad de Luna.

No tenemos en la hermandad un don más cotizado que tu Madre. ¿Y vamos a recibir su condolencia? No Señor. Contemplar su belleza es también movernos al arrepentimiento de los pecados y a la práctica de la caridad. Y por eso también le ofrezco a Ella mi palabra. A la Virgen de las Penas, la que nos hace esbozar una sonrisa a pesar de su amarga hermosura y de su dulce amargura, la que nos lleva a aspirar a superarnos aprendiendo de su humildad admirable. Y por eso, la invoco en este momento Señor para que no nos abandone, para que como hizo contigo siempre esté a

nuestro lado y por su mediación superemos los reveses de nuestra vida y sepamos ser mejores personas.

Buenas y dedicadas personas como Santa Marta. Me decía Concha Fuentes en una ocasión que Marta te sigue con la mirada. Nunca había reparado en ello hasta entonces, pero es verdad. Santa Marta siempre está esperándonos. Nos ve llegar y nos mira. Nos atiende mientras le hablamos. Nos comprende y no necesita decirnos una sola palabra. Basta una mirada, su mirada. Es como el buen amigo que te escucha sin pedir nada a cambio. Es la que siempre está. Para un minuto o para horas y horas.

Santa Marta siempre nos recibe para lo que necesitemos y para enseñarnos lo que es la fe. Una respuesta personal y libre de cada uno de nosotros a Dios. La Fe la recibimos de otros y estamos obligados a transmitirla. Y Santa Marta nos acompaña a que te pidamos que nos fortalezcas en la vida que nos ha tocado vivir, que nos robustezcas, junto a nuestros hermanos, para que no nos dobleguemos ante el peso de las dudas, que nos impulses en momentos de depresión, que no nos dejes caer en la tentación y nos libres del mal.

Un nuevo Lunes Santo

Dentro de 9 días volverá a ser Lunes Santo y de nuevo los nazarenos de Santa Marta te llevaremos a la Catedral, como el que traslada al Sepulcro a su ser querido. Iremos en silencio, todos despojados de cualquier ostentación y lujo. Túnicas negras y nada más. Hermanos de número, nazarenos anónimos que detrás del antifaz estamos solos, alejados del mundo que nos rodea pero más cerca de Ti. No habrá uno más importante que otro. Los más jóvenes te ofrecerán sus primeras experiencias y los hermanos más veteranos gozarán de tu compañía concientes de que por los achaques de la edad están afrontando sus últimas

procesiones en Santa Marta, pero viendo como el relevo está garantizado con ese grupo de angelitos vestidos de monaguillos. Eso sí, todos seremos los que hagamos penitencia para pedir el perdón de nuestros pecados y la gracia de vivir entre los nuestros, y para que, en este año con más motivo, hagamos pública manifestación de fe.

Cuando vayamos a iniciar nuestra estación de penitencia, cada uno de nosotros llegaremos a San Andrés, entraremos por la ojiva de la calle Daóiz y como siempre te buscaremos. En la penumbra del templo, sabremos encontrar la luz en tu rostro y la Pasión representada en el modelo de tu cabeza. Fijaremos nuestra mirada en tu cara, sin que interfiera nada, poniendo ante Ti lo ocurrido en nuestras vidas en los últimos meses, como si Tú no lo supieras, y sabiendo que esta complicidad que compartimos nos servirá para seguir por el camino que nos marcas. Será nuestro diálogo personal contigo antes de dirigirnos a la calle a mostrar toda la vida que transmite un cortejo fúnebre.

Un año más nos pondremos a caminar sabiendo que nuestra estación de penitencia es mucho más que vestir una túnica y tapar nuestro rostro con un antifaz. Por eso caminaremos en silencio Señor, en silencio sepulcral de duelo. Un silencio sólo roto por el crujido de la madera de tu cuerpo tronchado que provoca la zancada que debemos dar cada día para sobrevivir a la crisis que nos atosiga. Un mutismo quebrado por la respiración acelerada de los Santos Varones portando tu cuerpo que nos invita a tomar el aliento que necesitamos para seguir adelante. Una mudez alterada por el tañido funéreo de la campana de San Andrés que retumbará como tu voz en nuestro interior gritándonos “sabed que yo estaré con vosotros todos los días”. Una ausencia de sonido alterada por la oración pública que hacemos cada año en la Catedral invocando tu auxilio.

Recorreremos la ciudad con tu cuerpo destruido por la muerte, pero con la indudable convicción de que cuando regresemos a San Andrés

habremos constatado que el Cristo de la Caridad, el Cristo que vive después de muerto nos lleva a todos a la Resurrección. No hay descripción posible para expresar lo que sentimos cuando te acompañamos y formamos parte de nuestra comitiva el Lunes Santo. Lo que sí sabemos es que nuestra vida no sería lo mismo sin Ti. Ten por seguro que este año, como te decimos cada vez que terminamos la estación de penitencia en esa última mirada antes de volver a casa, volveremos a acompañarte otra vez, y que después nos quitaremos el antifaz para llevar, a todos los que nos rodean, tu mensaje como lo que somos, nazarenos de Santa Marta.

Vivir en presencia de Dios

En este rato que llevamos juntos te he mirado y remirado Señor. Hoy, mejor que ningún día de todos estos años juntos he contemplado cada parte de tu cuerpo. He reparado en la fuerza, el poder, la persuasión, el prestigio y la belleza de tu pelo, en la naturaleza humana de tu cabello, frente a lo sagrado de tu cabeza. He mirado con dedicación el perfil rectilíneo de tu nariz entendiéndolo como una expresión de constancia y sinceridad. He intuido el mensaje de tu boca para enseñarnos a distinguir entre el bien y el mal, entre la creación y la destrucción. Me he sentido reflejado en tus ojos, espejos del alma, que me han traído todo lo que hay dentro de Ti más allá de lo que aparentemente se ve. Te he buscado permanentemente con la mirada para crear un vínculo entre nosotros. He percibido la sensibilidad y receptividad de tu oído para asistirnos a los hombres. Y te he mimado en tu descanso, en tu cuerpo reposado que desprende paz y que no permite perder el tiempo en elucubraciones vanas que no nos conducen a ninguna parte.

Pero, como muchos otros que han estado antes donde yo estoy ahora, he percibido la cercanía de la mano de Dios. Sí Señor, tantos años junto a Ti sin darnos cuenta que tenemos a nuestro alcance la mano con la que Dios creó al hombre y que tan bien plasmó Miguel Ángel en el siglo dieciséis en el techo de la capilla Sixtina. Como en Roma, aquí se estira con la dulzura que el Padre estiró la suya para crear a Adán. Como la mano del Altísimo, en San Andrés nos otorga cada día el soplo de vida que el Padre transmitió al primer hombre con el leve roce de su dedo índice. Así nos hizo Dios a su imagen y semejanza y así nos acercamos a ti, Señor, para que tu piel reseca por la falta de vida nos insufle a nosotros tu verdad y nos haga parecernos a Ti cada día más.

Te lo decía antes Señor, algo debemos estar haciendo mal. Te tenemos a nuestro alcance pero nos resistimos a agarrarte con fuerza. Algo debemos estar haciendo mal porque aquí, en San Andrés, la mano de Dios está sangrando. Regueros de sangre manchan tus nudillos emanando de la llaga aún fresca que queda de la herida que provocaron los clavos que ahora guarda Santa Marta con delicadeza. Si fuiste Tú el que nos diste la vida, ¿por qué nosotros te negamos? ¿Por qué no nos hemos asido a Ti cuando lo necesitábamos? ¿Por qué hemos mirado para otro lado en lugar de acercarnos a Ti sin nada que esconder para intentar curar la herida que nosotros, los hombres, hemos provocado?

Aún así, Señor, veo que sigues ofreciéndonos tu mano cada día. La que repartió bendiciones cuando entraste en Jerusalén, con la que bendijiste el pan y el vino, con la que agarraste la caña que te ofrecieron los sayones a modo de cetro, la que alargaste a las mujeres para consolar la pena que las devastaba, la que apoyaste hasta tres veces en el suelo ante la debilidad de no poder soportar el peso de la cruz y sobre la que depositaste tu cabeza cuando todo estaba cumplido. El Dios que hace algo más de quinientos años el pintor de la Toscana dejó inmortalizado en un fresco del techo del

Vaticano, sigue entregando el aliento vital de la existencia humana a través de Ti.

Y ahora, Señor, quiero pedirte que en el último estertor de vida que te queda dentro me acerques un poco más los dedos. En estos tiempos en que la fe está tan debilitada, en la que tus mensajes se pierden entre flores de pasos y bordados de insignias. En estos momentos tan difíciles en los que te necesitamos más que nunca, Tú te ofreces a nosotros para disipar cualquier duda que nos agobie, para convencernos que detrás de esa mano estás Tú.

Si al verte no notamos la presencia de Dios entre nosotros es que no sentimos tu debilidad como nuestra, es que rechazamos los principios y reglas que juramos al entrar en nuestra Hermandad. Y por eso, la verdad que habita en Ti, Señor, ahora tiene que vivir en mí. Me hablaste de seguir un sendero por el que no caminaría nunca solo. Me consolaste en la certeza de que cuando las sombras cayeran a mi lado, tu luz estaría cerca. Gracias a Ti, supe que tras la más negra noche siempre tendría un nuevo día pleno de luminosidad, que al abrir mis ojos, el sol de tu Caridad me confortaría. Y por eso lucharé con todas mis fuerzas por serte fiel, porque si renuncio a Ti me encontraré perdido.

Nuestro problema no es otro que la ausencia de Cristo. Los obstáculos en la vida nos surgen y se generan cuando no estás o cuando te ignoramos. No podemos preguntarnos porqué Tú permites que pasen cosas tan atroces. No es eso. El mal es el rechazo a Dios. Cuando los humanos negamos la existencia de Cristo es cuando surgen las dificultades. Únicamente con tu presencia debemos asimilar tu mensaje de vida al servicio de los demás y eso es lo que tenemos que aprender. Tenemos que llevarnos la lección de que la Caridad no está en el culto a las imágenes sino en el amor a los demás. Tenemos que ser vehículos de tu promesa para

llevarla a quienes puedan necesitarla. Será la única manera de reconocer en los otros tu rostro.

Dijo Santa Ángela de la Cruz: “Tú, Señor, a nadie das más de lo que puede recibir. Ayúdame porque Tú ves que yo no puedo”. Y por eso, necesito tu permanente presencia entre nosotros. Tu muerte nos hace comprender todas nuestras muertes. Tu fúnebre y melancólica belleza nos acerca a la vida. La luz desfallecida de tu mirada nos saca de nieblas y tinieblas. Y tu traslado al sepulcro nos proclama que hay vida después de la muerte.

Señor. Hoy más que nunca, necesito de ti. Cristo de la Caridad, aquí me tienes.